Introducción:

“SE SUSTENTA EN LA PERSONA HUMANA, Y SU FIN ES EL BIEN COMÚN”

¿Ha llegado el tiempo del Humanismo Cristiano? Este mundo no puede permitirse el lujo de seguir padeciendo las divisiones y las fracturas sociales y culturales, el unipolarismo y la unilateralidad en las relaciones internacionales, y la tiranía de un mercado que parece olvidar que, como decía Ludwig Erhard, no puede existir una economía que no se conciba a la medida del hombre. Pero tampoco la reacción que bajo el nimbo mágico de la “antiglobalización”, y la solidaridad con todas las causas distantes en el espacio y en el corazón, se arroga el privilegio de no proponer alternativas, de no ofrecer respuestas, de refugiarse en la retórica de la simpatía difusa, de la ausencia de compromisos, de la renuncia a toda forma de participación pública positiva y constructiva.

Los seres humanos no podemos permitirnos el lujo de continuar escapando a nuestras propias responsabilidades. Los seres humanos no podemos seguir habitando en una permanente infancia. Los habitantes de este mundo, y particularmente de sus demarcaciones más prósperas, no podemos permitirnos el lujo de seguir ignorando las penurias de quienes nada tienen y todo lo padecen. El deber es particularmente imperioso para los seguidores de Jesucristo. Porque su misión, nuestra misión, es sufrir con los que sufren. Si a quienes mucho les ha sido dado, mucho les será exigido, la exigencia constituye un auténtico imperativo ético, y una norma de la presencia y participación pública y política de los católicos.

Se conviene en adjudicar el tiempo del Humanismo Cristiano a los años posteriores a la II Guerra Mundial, unos años en los que la crisis del sistema partidario de entreguerras y, singularmente, de los dogmas totalitarios, habría desembocado en una opción mayoritaria por la propuestas democristianas. El comportamiento de los políticos católicos durante el conflicto, perseguidos, encarcelados, internados en campos de concentración y, en muchas ocasiones, torturados y ejecutados, y la hondura ética y fraterna de su programa para la reconstrucción moral y material del continente, ejercieron un poderosísimo liderazgo sobre los ciudadanos de los Estados democráticos de Europa Occidental durante un tiempo que constituye el cimiento de la contemporaneidad, y particularmente de

logros tan indiscutibles como el proceso de integración política y económica de Europa, y la creación del Estado social. Fueron líderes que aportaron paz, bienestar y prosperidad, pero también un estilo público austero, una visible honestidad en la administración de los recursos públicos, y un comportamiento público y privado coherente. Fueron ejemplos de vida y de servicio. Y así se les recuerda.

Ello obedecería, igualmente, al enorme prestigio con el que la Iglesia Católica emergió del fin de la II Guerra Mundial. Ese prestigio es sumamente indicativo de la posición adoptada por la Santa Sede y los religiosos católicos durante la contienda, una posición frontalmente contraria al totalitarismo, perfectamente congruente con la madurada durante el período de entreguerras en las Encíclicas de Pío XI, y sobre todo por “*Non abbiamo bisogno*” y “*Mit brennender Sorge*”. Los mensajes navideños de Pío XII en defensa de la democracia, y del respeto por los derechos y libertades fundamentales, y el comportamiento de la Santa Sede, sus legaciones diplomáticas, y las iglesias, monasterios y centros eclesiales a lo largo y a lo ancho de la Europa en guerra, acogiendo a los perseguidos por el nazismo, representaron una casi solitaria presencia esperanzadora y galvanizadora en un continente abrumado por la brutalidad, por el dolor y por la inhumanidad.

Por ese motivo, siguiendo ese mismo razonamiento, las coordenadas que explican la hegemonía política e, incluso, social y cultural del Humanismo Cristiano, se habrían desvanecido. En declive la práctica religiosa, y la presencia de la Iglesia Católica en la sociedad, los valores cristianos se desvanecen o relativizan, así como la propia fundamentación cristiana de la civilización occidental. Más aún: parece “necesario” que así suceda, si es que ha de preservarse el “pluralismo” social. En consecuencia, toda propuesta política u opción partidaria de perfil cristiano estaría condenada a sufrir el mismo destino.

Sin embargo, si de “condiciones objetivas” se trata, se diría que las mismas que propiciaron la hegemonía partidaria de la Democracia Cristiana en la Europa de posguerra se reproducen en este comienzo de siglo y de milenio. Persiste la desigualdad social, dramática en muchos supuestos, y singularmente en las relaciones entre el llamado Primer Mundo y el denominado Tercer Mundo. Cuando se considera que el 20% más mísero entre la población del mundo alcanza hoy, como hace medio siglo, el 2% de su riqueza, pero el 20% más rico la duplicó desde el 30 al 60%, y además su consumo privado se aproxima al 90% del total mundial, mientras su contraparte más pobre apenas rebasa el 1%¹, parece evidente que el discurso político que anuncia la prosperidad universal debe ofrecer-

¹ CARRIQUIRY, G.: *Globalización e identidad católica de América Latina*. México D. F. 2002, pp. 28 y ss.

nos algunas explicaciones. Y, sobre todo, es más que notorio que podemos hacerlo mucho mejor.

Persiste el mismo dogma individualista, eventualmente aliado con el totalitarismo bajo sus formulaciones racistas y xenófobas, dotadas de una presencia partidaria muy considerable en naciones tan civilizadas como Francia, Italia, Bélgica, Países Bajos, Suiza o, muy recientemente, Alemania. Sin embargo, el discurso político de los católicos no puede contentarse con la denuncia de la “perversidad” intrínseca del mercado, y mucho menos connotarlo como una nueva forma de totalitarismo. Porque la libertad económica es un requisito imprescindible del itinerario hacia el triunfo del Estado de Derecho.

La política democrática debe renovar esa síntesis sin duda difícil, pero fecunda, que supo asociar la economía de libre mercado con la sensibilidad prioritaria hacia los más necesitados, y la dotación de programas específicos para el equilibrio territorial, la preservación del acceso de todos los ciudadanos a la sanidad y la educación, y la gestación de un vasto y equilibrado consenso social a través de la emergencia de una amplia clase media. Esa síntesis, basada en el diálogo y en el consenso, en el encuentro y en la moderación, en el ánimo fraterno y la lealtad democrática, se encuentra vigente. En 1987, un pensador venezolano propuso una delimitación de la identidad y la naturaleza del Humanismo Cristiano todavía dotada del mismo sentido y del mismo contenido:

“Podemos definir la Democracia Cristiana como una acción política de inspiración cristiana, que pretende realizar, en el plano temporal y a través de las vicisitudes históricas, el ideal humanista de la sociedad comunitaria.

La D.C. se sustenta en la persona humana y su fin es el bien común. Se opone tanto al individualismo liberal como al totalitarismo colectivista. Sin embargo, sería incorrecto definirla simplemente por oposición al marxismo o al capitalismo...

Aunque la Democracia Cristiana se fundamenta en el pensamiento cristiano, no se confunde con la religión. Su tarea es histórica, sin ninguna pretensión de trascendencia. Como movimiento político está situada dentro de un marco histórico concreto. Su vigencia se pone de manifiesto ya en el siglo XIX, se agiganta en el siglo XX y se proyecta hacia el siglo XXI.

La Democracia Cristiana, en fin, representa una concepción humanista de la política, de carácter popular y revolucionario, que pretende cambios profundos en la realidad económico-social, dentro de un clima de libertad y democracia”².

² MÚJICA AMADOR, V.: *Léxico social cristiano*. Caracas. 1987, p. 38.

El ideario del humanismo cristiano se enfrenta todavía a sus objetivos primigenios. Persiste la fragmentación política de Europa, y el ideal de integración supranacional, como primer presupuesto de la definitiva plasmación del proyecto universalista y fraterno que alimenta el compromiso público de los cristianos desde el principio de nuestra Era. Europa es, además, un continente envejecido susceptible de empeorar. El pasado año 2003, la edad media de un ciudadano estadounidense era de 35.5 años, y la de un europeo de 37.7. El año 2050, de persistir las actuales tendencias, el estadounidense tendrá 36.2 y el europeo 52.7 años³. Es cierto que ese estadounidense será, en una elevadísima proporción, hispano, y ése es el histórico triunfo de la tradición cultural greco latina y la tradición espiritual cristiana; el triunfo, en definitiva, de la civilización de los valores y del amor.

Pero los católicos no pueden tampoco contentarse con la denuncia del cansancio de Europa. La cosmovisión cristiana, y no digamos su transmisión, parte de una concepción antropológica optimista. De la convicción de la bondad natural del ser humano, soberano de la Creación, llamado al servicio, al afán transformador, y a la trascendencia. El cansancio de Europa es negativo, pero el desistimiento es peor. Europa debe pasar a la acción y debe actuar en positivo. Igual que hace seis decenios. Igual que siempre.

Por eso persiste el escenario fundacional del Humanismo Político: porque persiste, sobre todo, una profunda crisis de identidad, una profunda crisis de valores, una profunda crisis de humanidad. Una porción del mundo ha ganado en bienestar material, en efecto, pero a costa de un dramático empobrecimiento espiritual, a costa de un endurecimiento de los corazones. Decía W. B. Yeats que “un sacrificio demasiado largo puede tornar de piedra el corazón”. También el consumo y el bienestar, la mera aprehensión de signos de riqueza y de ostentación. Porque no existe vida material, sino mera supervivencia, si se despoja a la existencia de cuanto le otorga sentido. Si se resquebraja, se desvaloriza o se fractura la familia y la comunidad. Y, desde luego, el católico no puede contentarse con denunciar la crisis de los principios humanistas, humanistas de la razón práctica, humanistas con vocación perenne, que constituyen, desde hace dos milenios, la más genuina esperanza de todo ser humano y, sobre todo, la única esperanza que nos habla con Palabras de Vida Eterna.

Y sólo en la conciencia moral y cívica de la Humanidad, que habita en cada uno de sus pueblos, existe esperanza para este mundo. En una carta a su amigo Giorgio Tupini, redactada con motivo del primer aniversario de la histórica vic-

³ KAGAN, R.: *Paradise & Power. America and Europe in the New World Order*. London. 2003, p. 89.

toria obtenida por la Democracia Cristiana italiana en las elecciones del 18 de abril de 1948, el propio fundador de la República Italiana expresaba su fe en la sabiduría de un pueblo viejo y lúcido. Ese pueblo, y todos los pueblos que configuran el gigantesco espacio de civilización al que pertenecemos, disfrutan de un legado milenario presidido por el ideal de la razón práctica:

“...di nulla mi glorio, né della fatica lunga e tenace, né del fervore, né del consenso dell'incruenta battaglia, che cresceva come valanga; è vanto che riguarda me come tanti altri di voi, è vanto, soprattutto del popolo, e comunque, tutto questo è ripagato dal successo e contrappesato dal senso più acuto e tormentoso di una responsabilità divenuta più grave.

Di una sola cosa vorrei vantarmi: di aver creduto nella coscienza morale e civilde del popolo italiano. Ma se esamino più addentro, concludo che anche questo non è vanto mio. Perché ho creduto? Perché sono figlio del popolo e participo alla sua tradición de civiltd cristiana e sento lo stesso imperativo categorico della sua conciencia. In noi confluisce la civiltd millenaria e attraverso la nostra voce parlano i morti di tutti i secoli. Mi inchno al soffio del loro spirito e chiedo perdono di essermi vantato”⁴.

Los católicos, en efecto, deben pasar a la acción. En ese instante, probablemente se enfrentarán al hecho de que no existe una fórmula mágica para resolver lo que constituye una auténtica crisis de civilización. La suprema paradoja de nuestro tiempo es que nunca la condición humana estuvo en mejores condiciones para promover un orden internacional justo, basado en el respeto a la dignidad humana, a la libertad y a la preservación de un conjunto de derechos imprescriptibles e inalienables. Nunca la condición humana estuvo en mejores condiciones para caminar hacia la civilización de la caridad y de la autenticidad.

Y, sin embargo, vivimos en un mundo instalado en la resignación, habitado por mujeres y por hombres que parecen claudicar ante los imperativos materiales, empeñados en no asomarse a su grandeza intrínseca, a su potencial transformador, a la posibilidad de vivir el Evangelio, y si no desean seguir a Jesús, vivir un ideario humanista y participativo.

La historia contemporánea mostró, durante algunos años, durante “*one bright shining moment*”, como diría en *Camelot* Alan Jay Lerner, los senderos de la libertad, de la justicia, y de la integración, al tiempo que de la austeridad, la contención y el rigor que han de distinguir el comportamiento público. Esos años se

⁴ GASPERI, M. R. de: *Mio Caro Padre*. Brescia. 2003, pp. 101-102.

corresponden con la posguerra europea, con el lapso que transcurre, aproximadamente, entre 1945 y 1963.

Son los “años de la Democracia Cristiana”, de Adenauer, Schuman, Bidault y De Gasperi, de Lazzatti, Dossetti, La Pira y Erhard, los años que anuncian a Moro, Fanfani, Kiesinger, Teitgen, Poher o Borne. Son años de “milagros” económicos, de restauración y consolidación de la democracia, de Estado del Bienestar y potentes políticas públicas en educación, sanidad, infraestructuras y vivienda, de descentralización política y, al mismo tiempo, integración supranacional. Son años de paz y de creatividad, de la mejor literatura y del mejor cine, de esfuerzo y de tesón. Son años de trabajo, de exigencia y de excelencia.

Esa obra portentosa se encuentra inconclusa, en términos materiales y políticas. Pero, sobre todo, existe un legado humanista, un legado de encuentro, de acogida, de integración, de participación, que exige continuidad. Con millones de seres humanos provenientes de todos los rincones del mundo habitando ya en Europa, con millones llamando a la puerta de la paz, la libertad y la prosperidad, con continentes hermanos, como Hispanoamérica, que pueden y deben esperar todo de esta Europa, y sobre todo de España, en el itinerario hacia la definitiva consolidación democrática, el mensaje del Humanismo Cristiano se encuentra más vigente que nunca.

En el marco de las propuestas políticas democráticas, en fin, existe alternativa al liberalismo bajo todas sus acepciones, al social-liberalismo que trata de conciliar lo inconciliable, a la llamada “tercera vía”; no digamos a los periódicos rebrotes del fanatismo totalitario. Esa alternativa es el Humanismo Cristiano. Probablemente porque carece de dogmas y de formulaciones doctrinarias. Probablemente porque persigue el debate, la conciliación, y la elaboración de propuestas desde el análisis. Probablemente porque sabe que, como decía Max Weber, “la política se hace con la cabeza, pero no sólo con la cabeza”.

Una última reflexión. Este libro responde a un mandato. No es un imperativo categórico kantiano, ni un ejercicio de la weberiana ética de las convicciones. Ser católico y ser universitario, en estas semanas finales de 2004, son premisas que conducen a una sólo conclusión: la plena visibilidad de la voluntad de seguir a Jesucristo, y la consecuente obligación de “actuar en cuanto cristiano”. No existe una “política cristiana”, pero si existe una obligación, en cuanto cristiano, de concurrir al debate público, sea al debate de las ideas, al partidario, o al de la creación.

Este libro, en fin, es deudor de muchas aportaciones. Yo desearía sintetizarlas en el alumnado del Master en Acción Política y Participación Ciudadana en el Estado de Derecho, singularmente en su cuarta y, sobre todo, quinta edición. Quiero agradecer los ánimos, las aportaciones bibliográficas y el afecto de que-

ridos amigos y admirados políticos con quienes disfruté del privilegio de compartir el inolvidable año académico 2003-2004. Y quiero citarles: Rodrigo Arellano, Pablo Arosemena, José Luis Bayo, Martín Boccacci, Vladimir Bravo, Luis Francisco Cabezas, Flavio Caldeira, Juan Francisco Contreras, Livia da Costa, Eric Díaz, Ana Carolina Domínguez, Verónica Domínguez, María Inés Fernández, Luis Fretes, José Luis Garza, Fernando Gril, Rafael Guarín, Carlos Harrison, Germán Jiménez, Pía Margarit, Mario Martínez, Sonia Guadalupe Molina, Enrique Nates, José Andrés O'Meara, Ricardo Olivares, José Francisco Oseguera, Rodolfo Osorio, Matías Palmero, Rocío Peñafiel, Ana de Polanco, Doménico Piscioti, Jorge Planas, Martín Pugliese, Rodrigo Ruete, Santiago Sacerdote, Carlos Salas, Liduvina Sandoval, Óscar Sandoval, Michelle Szejer, Silvia Trujillo, Edwin Valdés, Marcial Vargas, Óscar Velazco, y Alfredo Vetancourt.

Sin su aliento y su entusiasmo probablemente yo no hubiera abordado este ejercicio de síntesis, y sin sus ideas y sugerencias mi perspectiva hubiera resultado, como de costumbre, más eurocéntrica, menos completa, más empobrecedora. Sin su presencia, en las aulas generosas y acogedoras del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid que conduce con sabiduría y espíritu liberal su Decano y querido y admirado amigo, Luis Martí, o sin las sesiones de cine-forum en la Universidad Francisco de Vitoria, sin la presencia serena de Mirka Torres, sin el recuerdo de tantos amigos de su promoción, como Alejandro Carrasco, Nicolás Fernández-Arroyo, Ricardo Ferro, Jorge Iván Gómez, María José Hoffman, Manuel Naranjo, Fernando Oltra, Agustín O'Reilly, José Guadalupe Ruiz, Gustavo Sá, Juan José Santibáñez, de Adela, Cristina y Victoria, este libro nunca hubiera alcanzado forma escrita.

Humanismo Cristiano. La posibilidad universal de la libertad responde, en fin, al objetivo de ofrecer una síntesis científica de un espacio para la investigación cuyos contornos se confunden con el conjunto de procesos históricos que conducen a la condición humana hacia un tiempo sin excusas. Hacia un tiempo para la esperanza, para la reconciliación, para la fraternidad y para el perdón. Hacia un tiempo para el humanismo integral. Hacia nuestro tiempo.

Comillas, 21 de noviembre de 2004